

## Héctor gráfico y hemerográfico<sup>1</sup>

Recibo una al parecer postrera llamada telefónica de Héctor –el sentimiento pósteros es mío, la agonía, el stress de los prólogos– y la voz es del amigo que me hace notar la falla: el libro del poeta Querales y del acucioso Omar Pérez está rondando y tú, Jesús, ¿cuándo entregas lo tuyo? Me avergüenzo una vez más ante la acumulación de compromisos, Enrique Bernardo Núñez por un lado, tres años de amnesia y turbación que a su modo ha soportado el recopilador magnífico, Tablante y Garrido; y por el otro, Armas Alfonzo sobre quien se me ocurrió establecer canónicamente un decálogo sin dejar nada escrito en Cumaná, para mortificación de Ramón Ordaz y Benito Irady; y por el tercero, Carmen Quintero con el recuerdo del trabajo final de Rodolfo, uno del 28, a quien siempre vi más allá de su serio perfil de profesor universitario; y por el cuarto, con Pastori a la carga y en búsqueda del misterio y del anecdótico poético de la generación del 42, que es la suya.

Acosado asimismo por el reto de escribir antes de enero del 88 el libro sobre mi pueblo, ese terruño de Guillermo Sucre, Argenis Daza, Omar Granados y los que la memoria no ha perdido, y hostilizado por las tutorías, la docencia, la sección dominical de *2001*, las notas de Pablo Azuaje y Rojas Poleo, la liquidación lunática del “Diagnóstico” en *Bohemia*, los apremios del suplemento de *El Expreso* angostureño, el deseo de hablar con los amigos en el bar de Belisario, antiguo “del Capitán”, o de asistir al Ateneo o a la presentación del poemario o la

---

<sup>1</sup> Prólogo. “Héctor gráfico y hemerográfico”. *Humano, humano, humano. 40 años de periodismo de Héctor Mujica*. Recopilación hemerográfica: Omar Alberto Pérez y Ramón Querales. Caracas: UCV / Centauro, 1987.

novela o el ensayo de tal y cual, casi siempre uno de la mágica intimidad.

Recibo esa llamada de Héctor y me pregunto por qué alargar tanto, en posposición alienante, algo que resulta tan fácil como emocionante y que además me anota un punto con Catalá, ese capitán del desolvido, editor incansable y testigo de nuestra generación, pues en su imprenta salió la única entrega de la revista *Cantaclaro*, en 1950, algo antes de que el *Libro Negro* sellara su suerte.

Me dije que no estaba en la obligación de escribir en torno a la amplísima y casi inverosímil recopilación que sobre la obra periodística de Héctor Mujica realizaron Querales y Pérez, y desde ese momento las puertas se abrieron. Lo dicho, dicho estaba, y la mejor contribución para bautizar este libro era hablar largo –no tan largo– y corrido sobre el autor, un creador que considera que su ego vale tanto como el de Dios, virtud o vicio connatural a todo taumaturgo.

¿Quién es este Héctor que ahora asume presencia de inventario en el periodismo? ¿Y por qué habría de ser yo el destinado a descorrer el velo de su curso y discurso en este mundo?

Es lo que trataré de explicar. Héctor ha sido amigo a toda prueba desde los años setenta, cuando la Ciudad Universitaria sufría los embates de la intervención, y cuando digo amigo lo digo en profundidad, como un psicoanalista que ha estudiado todas sus reconditeces y puede detectar junto a la personalidad avasallante y cúbrelotodo ríos de bonhomía y estremecimientos existenciales insospechados. Pero antes de esa entrada a una de las más hermosas categorías de socialización que es la amistad yo había tenido ya el privilegio de conocer a Héctor.

Y vayamos hacia atrás, digamos hacia 1948, cuando la revista *Contrapunto* era para nosotros los jóvenes del último año de bachillerato algo como el santuario de la literatura. Héctor estaba allí para orgullo de los que para ese entonces penetrábamos al marxismo como si fuese una catedral de luminosas revelaciones. Luego, cuando entré al Partido Comunista y empecé a dejarme dominar por el demonio del periodismo con trabajos en *Tribuna Popular*, Héctor era mi compañero de página, pero desde París, con entrevistas a Jorge Amado y reseñas del movimiento guerrillero en Grecia.

Regresó, muy orgulloso de esgrimir en los aires del desconcierto –primeros meses de la dictadura militar– su certificado de Estudios Superiores en Psicología General. Hubo encuentros y desencuentros en *Contrapunto* y nosotros, los Sucre Figarella, García Mackle, Rafael José Muñoz, con las colaboraciones de Manuel Trujillo, Pérez Perdomo y Raúl Ramírez, insurgimos con *Cantaclaro*.

Guerra de Corea, manifiesto godo universitario de Pepe Izquierdo, clausura de *Tribuna* e irrupción temporal de *Gaceta Estudiantil* hasta que en junio de 1951 Héctor y yo –muchos más– nos encontramos en la Cárcel Modelo. Fue allí donde comenzó mi especialidad en hectorología, con camaradas de ruta y celda tan queridos como Ramón Antonio Villarroel (a) Mamá Dolores, Porfirito, ese dictador del Economato, el Indio fabuloso que confundía los verbos “interrumpir” y “currumpir” (*corromper*: hoy de moda nuevamente), David Esteller, Petkoff, Guédez ¡y cuántos más!

Fuimos humillados a raíz de un incidente que llevó a Alberto Carnevali de allí, la Modelo, al Puesto de Socorro y de aquí a la clandestinidad, tras la fuga. Pero al fin obtuvimos provisional libertad y una mañana vi la foto de Héctor, en *El Nacional*, que lo mostraba en el

momento de recibir el título de Licenciado en Filosofía y Letras, mención Filosofía. Todo estaba en alba. El existencialismo se batía contra el marxismo y éste con las variantes del idealismo. Algo de eso había sido la sustancia de la polémica entre Liscano y Héctor en tiempos que se gozaba la belleza del diálogo en medio de la fiereza del debate.

Había caído preso yo en 1951 justamente por estar en plan de propagandista de la candidatura de Héctor para alto cargo estudiantil –el Consejo Universitario, con competidores como Leandro Mora y García Bustillos– y después de mi expulsión tuve noticias de él, otra vez llevado a los calabozos. Salió al destierro y de ello hay testimonio en *Chile desde adentro y Venezuela desde afuera*, serie de crónicas publicadas en *El Siglo*, de Santiago. Dejaba de ese modo a *El Nacional*, donde reporté como los mejores, luego de haber sido colaborador en los años cuarenta, de *Fantoches*, *El Heraldo* y *Aquí Está...!*

Durante su permanencia en el sur colaboró en *La Gaceta de Chile*, dirigida por Neruda, y llegó a ser jefe de información y de redacción de *Última Hora*. En esas tierras de la loca geografía estrechó vínculos con su camarada Federico Álvarez, otro periodista de excepción y caroreño para más señas.

No pudo presenciar la caída del dictador, aquel 23 de enero de 1958. Pero pronto fue el retorno y más rápidamente la reincorporación al oficio absorbente, esta vez con rango académico. El primer día de febrero estaba ya como profesor de la cátedra de Periodismo Informativo y de Opinión de la Escuela de Periodismo de la UCV y dejaba caer su garra, su pericia y don de imaginación en la dirección de nuestro viejo reducto, convertido hoy en Escuela de Comunicación Social. Y allí estuvo hasta 1964, en pasaje fecundo, innovador, dinámico, del que se guarda memoria por la conducción del *Boletín Universitario*, cantera de periodistas en

donde publicó su entrevista con el Che Guevara apenas triunfó la Revolución en Cuba; por la fundación de la colección *Cuadernos* y por el impulso en la creación de la Imprenta Universitaria, aventura en la cual lo acompañaron Oscar Carpio y Luis Manuel Peñalver.

Renunció aquel 1964 coyuntural, implantada AD por segunda vez en el poder con Leoni y en derrota militar la izquierda armada, y se marchó hacia donde todos los caminos conducen siempre que haya buen caminante. Allá, en Roma, concibió su libro, de no poca importancia en el stock venezolano sobre comunicación social, *El imperio de la noticia*, 1967, que mereció en breve tiempo segunda edición y acumuló materiales para otro ensayo ejemplar, *Sociología de la comunicación*. Ya antes, muy joven, había dado un primer aporte a la bibliografía especializada con su ensayo *El tabloide, historia y técnica*.

Poco antes de las elecciones de 1968, Héctor formó parte de la dirección de UPA, organización que escondía con elegancia una etapa prima de la rehabilitación del PCV. Salió electo Diputado y ejerció el cargo con eficacia, tratando problemas como la rebelión juvenil y la renovación universitaria –al efecto escribió un folleto incitante, *Cogobernalia*–, la represión, la colegiación de los periodistas, la gestión de los gobiernos de AD y Copei y todo cuanto un parlamentario comunista, además de eso culto, debe enfrentar en la lucha ideológica.

Al promediar la década de los setenta, idos los años violentos, sumergida la izquierda en la división, intentó el asalto al cielo: su candidatura para la presidencia del recién creado Colegio Nacional de Periodistas. Triunfó en esa batalla increíble en que hubo de disputar con un tesonero dirigente gremial y figura excelente en la profesión, quien venía de ejercer la que fue la última presidencia de la siempre gloriosa Asociación Venezolana de Periodistas. Nada menos que Eleazar Díaz Rangel.

Fue una época de proyectos hermosos, muchos de ellos sin culminación por razones de índole política y de sistema, como la creación del Centro Nacional de Documentación e Información, el Plan Ravelle y la ética profesional, tan en oposición con el “periodismo de albañal”. Al paso del tiempo, que adquiría ritmo veloz, la necesidad lo empujó por el callejón sin salida de la candidatura presidencial del PCV, 1978, en vista de que el MAS había repetido con José Vicente Rangel, sin dejar alternativa al resto de la izquierda, que fue desgranándose con Prieto, por el MEP, Américo Martín, por el MIR, y finalmente él. Héctor dejó un pequeño libro sobre sus *experiencias de candidato* y quitándole minutos a las horas y horas a los días volvió a entretejer cuentos, publicados en su momento como lejana herencia de *El pez dormido* y *Las tres ventanas*, esos amados testimonios de la edad de oro.

Y siempre el de la máquina y su tecleo: para *Tribuna Popular*, para *2001*, para *Momento*, para *El Nacional*, para la prensa marginal y para revistas internacionales. Siempre la pasión.

Con esta recopilación hemerográfica de Omar Alberto Pérez y Ramón Querales la investigación periodística se enriquece enormemente y contribuye al esclarecimiento de un período muy poco estudiado, el que corre entre 1944 y 1984, plenamente contemporáneo. Ellos son abridores de pica, como Tablante y Garrido con la excursión a lo largo de la obra de Enrique Bernardo Núñez, un columnista que pudo armar libros decisivos con el montaje de sus artículos perennes.

Y exacto el título *Humano, humano, humano*. Héctor Mujica, famoso por su yo desbordante, le da libertad, como lo sabemos los beneficiarios de su generosidad, a esa fuerza egocéntrica y la transforma en indetenible corriente solidaria.

